

tida y se posesionó de ella. Allí vinieron á formar una nacion poderosa. Al principio fueron dirigidos por jueces que gobernaban en nombre del Señor; mas á los trescientos años de este gobierno, quisieron tener rey como las demas naciones, y el Señor les concedió á Saul. Este primer rey de Israel, fué desechado del Señor por su inobediencia, y para sucederle se escogió un siervo fiel en David, cuya descendencia ocupó el trono hasta la venida del Mesías, que debía nacer de su familia. Diez siglos corrieron desde que subió David al trono, hasta que bajó de él su último descendiente. En este tiempo envió el Señor muchos profetas que anunciaron hasta las mas pequeñas circunstancias de la venida del Mesías, desde su bajada á la tierra hasta su vuelta á los cielos. El reino entero, por decirlo así, no fué otra cosa que una viva y continuada representacion de este Hijo del Altísimo, que habia de venir á salvar al universo. Su Jerusalem, su templo, sus cultos, sus sacrificios, sus triunfos y sus derrotas, sus prosperidades y sus desgracias, todo representaba claramente al Hijo de Dios vestido de nuestra carne mortal. ¡Por tanto tiempo, y de un modo tan magnífico, preparó el Padre Eterno la venida de su Eterno Hijo!

Historia de Jesucristo desde su bajada de los cielos hasta su vuelta á los cielos.

Quando todo estuvo preparado para recibirle; quando tuvieron su cumplimiento las profecías que señalaban el tiempo de su venida; quando las semanas de

Daniel iban á tocar su término; quando el cetro de Judá habia pasado á un extraño, y ya no reinaba sobre la casa de Jacob un descendiente de David; en fin, quando aquel pueblo escogido y destinado para ser el teatro de los portentos de Dios y preparar la venida de su Santísimo Hijo, hubo cumplido su mision y su destino, entonces este Hijo del Padre Eterno bajó del seno de su Eterno Padre, encarnó en las entrañas de la Santísima Virgen, y sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre. ¡Portento nuevo! ¡Prodigio inaudito! ¡Exceso del amor de un Dios; que para redimir al siervo entregó al Hijo!

Pero este Hijo del Altísimo, que habia encarnado en Nazareth, debia nacer en Belen, segun estaba profetizado, y el edicto de un emperador proporcionó el cumplimiento de esta profecia. Mandó César Augusto que se empadronase todo el orbe, y los judios que estaban ya sujetos á su imperio, fueron á dar cada uno su nombre al pueblo de donde traia su origen. San José y la Santísima Virgen subieron de Nazareth á empadronarse en Belen, ciudad de David, porque ambos descendian de esta familia real. Quando emprendieron su viage se hallaba ya la Santísima Virgen cercana al parto. Despues de haber andado treinta leguas de camino, llegaron por fin á Belen, y las personas mas grandes y mas amables del mundo tuvieron que recogerse en un establo, porque no habia cabida para ellos en el meson. ¡Qué desamparo! pero tal era el palacio que elegia para nacer el que habia escogido una Cruz para morir.

Hallándose en el establo, llegó el tiempo de dar á

gran temor; pero el ángel les animó, diciendo: no temáis, porque vengo á anunciaros una nueva que será de gran gozo para todo el pueblo, y es, que hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David. Ved aquí la señal para conocerle. Hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al acabar estas palabras se juntó con el ángel una multitud de ángeles que alababan á Dios, y le decían: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.* Cuando los ángeles cesaron de celebrar con su celestial música el nacimiento del Hijo del Altísimo, los pastores, volviendo del enagenamiento en que habian estado todo este tiempo, se dijeron alborozados los unos á los otros: *Vamos á Belen, y veamos esta maravilla que se nos acaba de anunciar.* Corrieron, pues, á Belen, y hallaron á la Santísima Virgen, á San José, y al divino Niño reclinado en un pesebre; y conociendo por esto que era el Salvador del mundo que el ángel les habia anunciado, postrándose le adoraron y le ofrecieron sus pobres dones con toda la ternura y amor de sus corazones sencillos. Despues de esta visita (que no habrá cristiano que no envidie) se volvieron á sus ganados, loando y glorificando á Dios, y publicando lo que habian oido y visto, y todos se maravillaban al oír la relacion que les hacian los pastores.

Despues de esta visita pastoril, es decir, de la clase mas humilde y sencilla de los hombres, nos refiere el mismo Evangelista la dolorosa circuncisión del divino Niño. Aunque el inocente por esencia no estaba sujeto á esta penosa ley impuesta á los peca-

dores, quiso no obstante cumplirla como Redentor de los pecadores, y principiar á derramar por ellos en la cuna aquella preciosísima sangre, cuyas últimas gotas habia de verter por ellos en la Cruz. A los ocho dias de haber nacido fué circuncidado, en cumplimiento de la ley y se le puso por nombre *Jesus* como lo habia prevenido el ángel á la Santísima Virgen antes de que le concibiera en sus purísimas entrañas, diciéndole: Tendrás un Hijo, y le llamarás *Jesus*, esto es, *Salvador*, porque salvará á su pueblo de sus pecados.

Apenas habian pasado cinco dias despues de la circuncisión, cuando tres Reyes del Oriente, guiados por aquella milagrosa estrella que habia anunciado el Profeta Balaan hacia ya mas de catorce siglos, llegaron á Jerusalem preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judios? Porque hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalem, y reunidos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas ó doctores de la ley les preguntó, dónde habia de nacer Cristo. En Belen de Judá, le respondieron: así está escrito por el Profeta. Entonces Herodes, llamando aparte á los reyes del Oriente, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y despidiéndolos para Belen, les dijo: Id, buscad con toda diligencia al Niño, y luego que le halleis, avisádmelo para ir yo tambien á adorarle. Los Reyes, despues de haber oido á Herodes, se despidieron, y apenas salieron de Jerusalem, volvió á presentarse delante de

ellos la estrella que les guiaba en su viage, y que se les habia ocultado al entrar en la ciudad. Al verla se alegraron sobremanera, y la siguieron atentos, hasta que se paró sobre el establo donde estaba el divino Niño. Entraron en este palacio extraordinario en que habia nacido el Rey del cielo, y le hallaron envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento ni otra corte que una jovencita y tierna madre, y un venerable varon que parecia ser su padre. A pesar de tanto desamparo y de tan extremada pobreza, ellos, alumbrados con la luz de lo alto, reconocieron en aquel Niño desamparado al Hijo del Eterno Padre, y postrándose le adoraron y ofrecieron dones preciosos y misteriosos, á saber; oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre. Cumplida y consolada su esperanza con el divino hallazgo, satisfecha su piedad con el ofrecimiento de sus dones, y concluida con tanta felicidad la mas dichosa visita que jamas hicieron los Reyes, trataron de volver á su tierra por Jerusalem; pero avisados en sueños por un ángel de que no se viesen con Herodes, tomaron otro camino, y se volvieron á su patria.

La sagrada Familia permaneció en Belen despues de la visita de los Reyes hasta los cuarenta dias del parto de la Santísima Virgen, y pasados subieron á Jerusalem á dar cumplimiento, como buenos israelitas, á las leyes de la purificacion de la madre y presentacion del hijo. Es bien cierto que no tenia que purificarse la que era la pureza misma, y que habia dado á luz á su divino Hijo quedando virgen.

Tampoco tenia necesidad de ser ofrecido este Hijo divino que se habia ofrecido á su Eterno Padre desde el momento de su encarnacion: sin embargo, Hijo y Madre quisieron sujetarse á estas leyes para darnos un ejemplo del respeto y obediencia que se merecen, y para evitar el escándalo que la falta de su cumplimiento podria ocasionar al pueblo de Israel, que ignoraba la exencion del Hijo y el privilegio de la Madre. La Santísima Virgen, acompañada de su esposo San José, y con su divino Niño en los brazos, se presentó á la entrada del templo y entregó al sacerdote su ofrenda, que era segun la ley, dos tórtolas ó dos palomitos. Como pobre no ofreció cordero; pero presentó en su querido Hijo el cordero sin mancha que venia á quitar los pecados del mundo. Entraron en el templo, y llegando al altar destinado para la consagracion de los primogénitos, presentaron al divino Niño á su Eterno Padre, y dieron cinco sielos (como unas cinco pesetas) por su rescate. Lo que pasó entoncec en el templo era una ceremonia comun y diaria á los ojos de los hombres, pero á los de Dios y de los ángeles era un espectáculo divino. Entraba por primera vez en el templo el Dios del templo hecho un Dios Niño. Una Madre Virgen le llevaba en sus brazos virginales, y le colocaba sobre el ara; y este primogénito de la Virgen, y Unigénito del Eterno Padre, se ofrecia á su Padre Eterno como una víctima destinada al sacrificio por los pecados del mundo. Mas como todo esto era oculto á los ojos de los hombres, y los mismos sacerdotes no conocian al Salvador que tenian

á la vista, su Eterno Padre cuidó de darle á conocer por medio de dos almas sencillas.

Habia á la sazón en Jerusalem un anciano venerable llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba con ansia la llegada del Consolador de Israel, y á quien el Espíritu Santo habia prometido que no moriria sin ver al Cristo del Señor.

Este justo vino entonces al templo, se acercó á la sagrada familia con el mas profundo respeto, y tomando al Niño Dios en sus brazos, levantó los ojos al cielo, y exclamó: "Ahora, Señor, dejad que vaya en paz vuestro siervo, porque ya vieron mis ojos tu Salvador. . . ." Cuando así bendecía á Dios el venerable anciano, estrechando con su pecho al divino Niño, llegó Ana Profetisa. Era esta venerable anciana de ochenta y cuatro años, estaba viuda desde el sétimo de su matrimonio. Vivía enteramente dedicada á la virtud, y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en ayunos y oraciones.

Esta piadosa israelita, trasportada de gozo al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principió á alternar con Simeon en las divinas alabanzas, y glorificaba al Señor con toda la efusion de su corazón. Simeon, despues de haber tenido el consuelo incomparable de estrechar entre sus brazos al divino Niño, le entregó á su tierna madre y se retiró á acabar en paz sus días. Tambien se retiró la Profetisa, publicando la venida del Mesias á todos los que esperaban la redencion de Israel. Y la sagrada Familia, despues de haber cumplido con todo lo que ordenaba la ley, se volvió, no á Belen, sino á la ciudad de su nacimiento, que era Nazareth.

Lo que en esta ocasion habia pasado en el templo, hizo ruido, y la noticia llegó á Herodes. Este rey, celoso y cruel, habia resuelto en su corazón la muerte del recién nacido Rey de Israel, desde el momento en que se lo anunciaron los magos. Con este fin les habia encargado que se informasen bien del tiempo de su nacimiento, y esperaba que á su vuelta le dijese el parage en que le habian encontrado; pero como los magos no volvieron, creyó que todo habia sido una credulidad, y que al verse burlados, no se habian atrevido á pasar por su corte. Mas ahora que se habla tanto del recién nacido Rey, conoce que no fueron ellos los burlados sino él. Con esto se irrita sobremanera, y en su furor da orden aun mas cruel que la de Faraon en Egipto. Manda que sean degollados, sin excepcion, todos los niños que se hallen en Belen y toda su comarca, de dos años de edad, y de ahí abajo, contando con que en esta matanza general pereceria necesariamente el Rey recién nacido; pero no hay consejos contra Dios.

Apenas habia llegado á Nazareth la sagrada Familia, cuando un ángel se apareció en sueños á San José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y á su Madre, huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque sucederá que Herodes busque al Niño para matarle. Inmediatamente se levantó José, y tomando al Hijo y á la Madre, huyó á Egipto y permaneció allí hasta la muerte de Herodes.

La orden de este rey cruel se puso en ejecucion, y todo rebosaba sangre en Belen y sus contornos. La matanza fué horrorosa. Cerca de catorce mil

niños fueron degollados. Los clamores de los padres, los alaridos de las madres, los gritos de los hermanos, y los llantos de los parientes, resonaban á un mismo tiempo por todas partes, mientras que los tiernos niños eran segados como botones de rosas, y encharcaban con su sangre inocente las casas, las calles y las plazas de Belen y sus comarcas. Así se cumplía á la letra lo que habia profetizado Jeremías seis siglos antes. En lo alto se oyó una voz de lamentacion y de llanto de Raquel que llora sus hijos, y que no quiere ser consolada sobre ellos, porque no existen.

No sobrevivió mucho el tirano á esta carnicería. Aun humeaba la sangre de esa multitud de tiernas é inocentes víctimas, cuando le asaltó la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes (hasta por la cara, dice Josefó), un hormiguero de gusanos, que cebados en su carne medio podrida, le comian vivo. Sus dolores eran tan erueles, que no pudiendo sufrirlos, quiso matarse muchas veces; la hediondez que exhalaba era tan insupportable, que nadie podia acercarse á él. Devorado en vida por asquerosos insectos, murió, en fin, desesperado, despues de haber sufrido cerca de dos meses tan horribles tormentos.

Muerto Herodes, el ángel del Señor que habia prevenido á San José que se estuviese en Egipto hasta que le avisase, volvió á presentarse y le dijo que tomase al Hijo y á la Madre, y se volviese á la tierra de Israel, porque habian muerto los que buscaban al Niño para quitarle la vida. Nada dice el santo Evan-

gelista de lo que sucedió á la sagrada Familia en su ida y permanencia en Egipto; pero cuida de notar, que en su vuelta se cumplieron á la letra estas palabras que Dios habia puesto muchos siglos antes en boca de uno de sus profetas: *De Egipto llamé á mi Hijo.* San José emprendió luego su viage, mas habiendo sabido que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños por el ángel, se dirigió á la Galilea, y fué á establecerse en Nazareth. En esta ciudad habian vivido San José y la Santísima Virgen; en ella encarnó el Hijo de Dios, y en ella vivió despues esta sagrada Familia hasta los treinta años de Jesucristo, para que tambien se cumpliese lo que habian dicho los profetas que se llamaria Nazareno, esto es, morador de Nazareth.

Todos los años iban sus padres á celebrar la pascua en Jerusalem, y cuando el divino Niño llegó á los doce, fué tambien con ellos. Concluidos los siete dias que duraba la solemnidad, y volviéndose sus padres á Nazareth, el divino infante se quedó en Jerusalem sin que aquellos lo advirtiesen. Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron camino de un dia, hasta que por la tarde se encontraron con la falta de su querido Hijo. Esto parecerá un descuido muy notable en los padres de Jesus; pero así lo queria este Dios Niño, y á él tocaba ordenar y dirigir los sucesos. La prueba de que esta pérdida del Niño no fué un descuido, es que en la ida y vuelta de esta solemnidad caminaban separados los hombres de las mugeres y no se reunian las familias hasta la tarde al entrar en la posada.

Como el tierno infante por su edad podía ir en la tropa de los hombres ó en la de las mágeres, la Santísima Virgen pensó sin duda que el niño iba con su padre, y éste que iba con su madre, y así no advirtieron la falta hasta que se reunieron. Entonces afligidos en extremo, principiaron á buscarle entre los parientes y conocidos, y no hallándole, se volvieron presurosos y asustados á Jerusalem, donde le hallaron despues de tres dias, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, y teniendo á todos asombrados con su prudencia y respuestas. Solo sus queridos padres podrian hacer la pintura, tanto de la grave pena que oprimia sus corazones, mientras duró la pérdida de su amado Hijo, quanto del inmenso gozo de que fueron inundados cuando volvieron á hallarle. Reunida tan felizmente la sagrada Familia, se volvieron á Nazareth, donde el divino Infante vivió sometido á sus padres, como el hijo mas humilde y obediente, hasta la edad de treinta años que principió la carrera de su predicacion, sin que de todo este tiempo nos hablen una sola palabra los sagrados evangelistas.

Admira ciertamente que habiendo venido el Hijo de Dios á iluminar al mundo con su celestial doctrina, á desagrarar á su Eterno Padre con sus profundas humillaciones, y á reconciliarle con los pecadores, padeciendo y muriendo por ellos; admira, repito, que pasase treinta años sin poner mano en la obra á que habia sido enviado. Mas es preciso confesar que así convenia, puesto que así se portaba el Hijo del Altísimo; y tambien es necesario conocer, que esta

vida retirada que hacia en Nazareth, no era menos agradable á su Eterno Padre que la vida pública que debia de asombrar despues á Jerusalem. Por otra parte, conviene tener presente que era costumbre de Israel, que ninguno predicase hasta la edad de treinta años, y Jesucristo quiso conformarse tambien con esta costumbre; pero luego que llegó á esta edad, que era el tiempo señalado en los decretos eternos para predicar á los hombres el reino de Dios, salió de su precioso retiro, y principió su vida pública.

Medio año hacia que San Juan Bautista predicaba en las riberas del Jordan su próxima llegada, y que preparaba á los hombres con el Bautismo de la penitencia para recibirle, cuando de improviso se presenta el mismo Jesucristo para ser tambien bautizado. San Juan se sobrecogió y se resistia diciendo: Yo, Señor, debo ser bautizado por vos, y ¿quereis que yo os bautice? Pero el Señor le dijo: Así conviene; y San Juan, precisado á obedecer, le bautizó. Apenas fué bautizado, cuando se abrieron los cielos y bajó el Espíritu Santo sobre él en figura de paloma, y al mismo tiempo se oyó la voz del Padre, que decia: este es mi amado Hijo en quien tengo mi complacencia. De este modo manifestaron el Padre y el Espíritu Santo la divinidad de Jesucristo en el principio de su vida pública. Despues de su bautismo se retiró al desierto, y allí oró y ayunó cuarenta dias y cuarenta noches sin tomar alimento alguno en todo este tiempo, y permitió al diablo que le tentase; el cual, despues de haber apurado inútilmente todos sus artificios, huyó de su presencia confundido.

Entonces se acercaron los ángeles y le sirvieron la comida.

Preparado así Jesucristo, dió principio á su ministerio público, y ya desde aquí es necesario contemplarle como un gigante que se empeña en su carrera, resuelto á no descansar hasta verla concluida.

Recorre la Galilea y la Judea, y derrama por todas partes la luz de su celestial doctrina. Anuncia el reino de Dios y su justicia, enseña verdades que jamas habia oido el mundo, predica la pureza del cuerpo y del corazon, el amor á todos los hombres, sin exceptuar los enemigos, el desprendimiento de las riquezas, la fuga de los placeres, la abnegacion de si mismo, la pobreza de espíritu, el deseo de la mortificacion, el amor á la cruz. . . en suma, predica aquella admirable doctrina que ha formado la multitud de Santos que veneramos en los altares, y que asombraron al mundo, á los ángeles y á los hombres con sus virtudes.

Camina de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, y de aldea en aldea, no solamente enseñando y predicando el Evangelio eterno, sino tambien haciendo bien por donde quiera que pasa, y obrando prodigios en todas partes. Sana á los enfermos, da vista á los ciegos, oido á los sordos, movimiento á los tullidos y vida á los muertos. Dispone á su albedrío de la naturaleza. Manda á los vientos y le obedecen; quiere andar sobre las aguas y le sostienen; la tierra se estremece bajo de sus piés; el cielo se abre sobre su cabeza, y toda la naturaleza se apresura á obedecerle. Asi confirma con multitud de portentos las ver-

dades que enseña; y cuando ha establecido su Evangelio eterno en la tierra, trata de dar fin á su carrera y volverse al cielo.

Habia elegido doce de sus discípulos, á los que llamó *Apóstoles*, que quiere decir enviados, porque lo habian de ser para predicar su Evangelio en todo el mundo. A estos principalmente declara que va á ausentarse, y volver á su Eterno Padre; pero les hace saber al mismo tiempo, que para dar cumplimiento á las profecias que estaban escritas de él, era necesario que padeciese y muriese antes de entrar en su gloria. Instituye el adorable sacramento de su cuerpo y sangre, y se los administra, y despues de reencargarles que se amen los unos á los otros, como él les habia amado, se encamina á dar principio á su pasion en el huerto de las Olivas. Allí se prepara á padecer y morir con una oracion tan fervorosa, que le obliga á sudar sangre: da lugar en seguida á los enemigos de su celestial doctrina, para que pongan sus manos sacrílegas en su divina persona; se deja atar sin resistencia, y camina al sacrificio como un cordero, sin desplegar sus divinos labios: recibe una pesada cruz sobre sus hombros, sube cargado con ella al Calvario, permite ser clavado y enarbolado en ella, y luego que se cumplen las profecias acerca de su pasion, exclama: Todo está acabado. Incliná su soberana cabeza, y muere. Así concluyó este divino Redentor en la Cruz la carrera que habia principiado en un pesebre, por librarnos del pecado y de la muerte.

P. *¿Pues sin morir, no pudiera Dios hallar otro remedio?*

R. *Sí, mas nos convino este mas, que otro ninguno.*

Es indudable que una gota de sangre, una lágrima sola de Jesucristo hubiera bastado para la redencion del mundo; pero su inmensa caridad le hizo abrazarse con los tormentos y la muerte misma, por mas proveer á nuestro remedio; no excusando el Señor sacrificio alguno, por tal de que su redencion fuese sobreabundante, y el hombre tuviese vida, y la tuviese en mayor abundancia. Por eso nos convino que muriese, para que con su muerte nos mereciese la vida de la gracia; y nos enseñásemos á morir místicamente á nosotros mismos y á todas las criaturas, para vivir á él solo. Es palabra de Jesucristo, que si el grano de trigo no muere, él solo permanecerá; pero si muere, producirá mucho fruto. Necesitamos, pues, morir, para que los que somos terrenos, seamos espirituales; los que somos mortales, seamos inmortales; los que somos nada, seamos mucho; los que somos habitantes de la tierra, seamos ciudadanos del cielo; los que somos siervos, seamos príncipes; los que somos hombres, seamos dioses en cierto modo, por el consorcio de la Divinidad.

P. *¿Siendo Dios inmortal, cómo pudo morir?*

R. *Porque junto con ser Dios, era tambien hombre mortal.*

A Jesucristo se debia la inmortalidad, no hay duda; porque la humanidad que tomó fué unida hipostáticamente á la divinidad en la persona del Verbo, y traída al ser de Dios. Su alma santísima fué bien-

aventurada desde el primer instante de su concepcion, y gozaba de la vista clara de Dios. Además, no le era debida la muerte porque era santo é impecable por naturaleza, y no podia contraer la mancha original, que fué la que hizo mortales á los hombres. Pero su amor á los hombres le hizo vencer todas las dificultades, para hacerse hombre mortal y pasible, y poder con sus padecimientos y su muerte pagar la pena del pecado que debiamos los hombres; y su sabiduría y su omnipotencia supieron hacer pasible al impasible, y mortal al inmortal, dándole un cuerpo dotado de suma sensibilidad precisamente para padecer y morir, y suspendiendo el efecto del dote de impasibilidad, respecto al cuerpo y á la parte inferior de la alma.

P. *¿Por qué escogió muerte de Cruz?*

R. *Porque quanto era mas ignominiosa y penosa, fuera mas meritoria y gloriosa.*

No es menester mas que hacer reflexion á la dignidad infinita del Dios Hombre, para descubrir la infinita humillacion á que se sujetó en su pasion; pero cuando se contempla que no le puso limites sino que se arrojó á lo mas doloroso, á lo mas sensible, á lo mas humillante y oprobioso, cual fué morir clavado en una cruz como un malhechor, entre dos ladrones, aquella humillacion se halla ser infinitamente infinita, y que en ella sufre y padece, no solo la naturaleza, no solo la humanidad; sino la misma persona, por la deshonra suma, infinita, con que se le vilipendia.

Mas de aquí mismo se toma la consideracion de

lo inmenso del mérito y la gloria que se adquirió con la muerte de Cruz; pues el mérito es de la persona; y siendo ésta infinita, infinito es el mérito, é infinita la gloria de que se circundó, y con que honró á su Padre celestial.

P. *¿Qué entendeis vos por los infiernos?*

R. *Cuatro senos ó lugares de las almas.*

P. *¿Cuáles son?*

R. *El primero es el Limbo de los niños que mueren sin bautismo. El segundo es el Purgatorio de los que mueren en gracia, debiendo por sus pecados alguna pena, la cual allí satisfacen, y luego van al cielo. El tercero es el Infierno de los que mueren en pecado mortal; allí son atormentados con fuego y penas eternas. El cuarto, donde estaban como depositadas las almas de los Santos Padres, hasta que nuestro Señor Jesucristo bajó á sacarlas para el cielo.*

Dios, llevado de su bondad, crió los cielos para que fuesen la patria de los buenos, y obligado también de su justicia, formó los infiernos para que fuesen la cárcel de los malos. La diversidad de pecados hace la diversidad de malos, y la diversidad de malos exigió diversidad de infiernos. Reconocemos cuatro, que son: *Infierno, Purgatorio, Limbo y seno de Abraham.* En el infierno fueron sepultados los ángeles rebeldes, que llamamos demonios, y lo son todos los hombres que mueren en pecado mortal, para no salir de allí jamás. Al purgatorio van los que mueren en gracia de Dios, y tienen pecado venial ó

pena temporal que purgar. Al Limbo, los que mueren antes del uso de la razón sin el bautismo; y al seno de Abraham iban los que morían en gracia de Dios antes de la redención de Jesucristo; pero satisfacían primero en el purgatorio, si tenían pecado venial ó pena temporal que pagar. De lo dicho resulta, que en el infierno se castiga eternamente el pecado mortal; en el purgatorio el venial y la pena temporal que queda despues de perdonada la culpa; en el limbo el original; y que en el seno de Abraham se sufría uno de los castigos del pecado original, que era la privación de ver á Dios, hasta que el Salvador del mundo franquease la entrada en el cielo. A este seno bajó Jesucristo, luego que espiró en la Cruz.

P. *Cómo bajó?*

R. *Con el alma unida á la divinidad.*

P. *Y su cuerpo ¿cómo quedó?*

R. *Unido con la misma divinidad.*

Morir el hombre no es otra cosa que separarse su alma de su cuerpo. Y como Jesucristo murió en cuanto hombre, su alma santísima se separó de su santísimo cuerpo cuando espiró sobre la Cruz; pero su alma y su cuerpo estaban unidos á la divinidad, esto es, á la persona divina; y aunque se separaron entre sí, permanecieron unidos á la divinidad, al modo que la espada del soldado, sacada de la vaina, aunque espada y vaina queden separadas una de otra, permanecen unidas á la persona del soldado, que tiene en una mano la espada y en otra la vaina. El Hijo de Dios se había unido en su encarnación á la naturaleza humana para no separarse jamás de ella.